

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Lecciones del movimiento estudiantil mexicano.

Jaime Ortega Reyna.

Cita:

Jaime Ortega Reyna (2009). *Lecciones del movimiento estudiantil mexicano. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/1685>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evbW/Y5U>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Lecciones del movimiento estudiantil mexicano¹

Jaime Ortega Reyna²

El movimiento estudiantil que atravesó a la sociedad mexicana hace 10 años representa un momento crucial para abrir la discusión sobre temas puntuales que tienen que ver con la forma de abordar los movimientos sociales.

Como se sabe, este movimiento tuvo lugar durante el año de 1999, siendo este año 2009 su décimo aniversario, en donde por cierto se pretendió dar una discusión más o menos puntual sobre los problemas, significados y logros de dicho movimiento. Resultado de esto ha sido, hasta este mes, la publicación de un libro más de balance, que se suma a ya varias recopilaciones de testimonios³ y análisis de las causas y desarrollo⁴ así como la publicación de la Revista *Palabras Pendientes*, una iniciativa

¹ Ponencia para el Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, a celebrarse en Buenos Aires, Argentina.

² Maestría en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

³ Entre ellos los más significativos son Rajchenberg Enrique, “Hablando con los actores”, Rajchenberg Enrique y Fazio Carlos (coordinadores), *UNAM: Presente ... ¿y futuro?*, México, Plaza y Janes., 2000. Rosas María, *Plebeyas batallas: la huelga en la Universidad*, México, Ediciones Era., 2001 y González Ruiz Enrique José, *Diario de la Huelga Rebelde*, México, UNIOS, Colección Personajes del Cambio, 2000

⁴ Cfr. Stolicz Beatriz, “Los estudiantes de 1999: un nuevo actor”, *Viento del Sur*, Diciembre de 1999. México, Cfr. Sotelo Valencia Adrián, *Neoliberalismo y educación: la huelga en la UNAM a finales de siglo*, México, Ediciones El Caballito, 2000, cfr. Sosa Elizaga Raquel, “La criminalización de la protesta en la nueva política” Enrique Rajchenberg y Carlos Fazio (coordinadores), *UNAM, presente y ¿futuro?*,

estudiantil proveniente del sector más radical del activismo universitario cuya totalidad está dedicada a visitar el movimiento estudiantil. Sin embargo, en ambos casos –así como en lo ya publicado con anterioridad- podemos seguir observando que no se afronta el tema desde sus determinantes. Se les afronta desde su reivindicación política –esto es, como un movimiento necesario, entendible, legítimo- o desde la reivindicación a posteriori –justas demandas, reprimido, diezmado- evidenciando un claro dejo de conformismo, al menos en las organizaciones estudiantil, con respecto al balance.

En otras palabras, el balance del movimiento está aún pendiente en lo que respecta a lo que de lecciones deja a futuros experimentos. Cabe mencionar que una vez concluido el ciclo de este movimiento, encabezado por el autollamado Consejo General de Huelga (CGH), no ha existido una movilización estudiantil ni si quiera cercana a dicho ciclo. Por tanto, la memoria del movimiento estudiantil sigue ligada, de forma explícita, a este evento. No hay política en la universidad el día de hoy sin el referente inmediato de ese movimiento. Desde la perspectiva que propongo aquí, el movimiento encabezado por el CGH tiene claras lecciones para el estudio de los movimientos sociales en general. Como en todo proceso que va de lo particular a lo general se trata de lo que René Zavaleta llamara el método del sacrificio, esto es, de ubicar las determinaciones generales y “aislarlas”.

Hacer una generalización sobre la teoría sería absurdo, por eso sin pretender haber accedido a todo lo producido en este campo, queremos desmarcarnos de una visión centrada en la problemática “cultural e identitaria” de los “movimientos juveniles”. En vez de observar los cambios en la forma de operación del capitalismo, la “teoría de los nuevos movimientos sociales” ha soslayado la economía y la política, concentrándose en los cambios culturales que afectan “la identidad personal, el tiempo y el espacio de la vida cotidiana, la motivación y los patrones de cultura de la acción individual”⁵. Al ser confrontadas con la realidad reciente, estas teorías no pasan la prueba y se muestran inadecuadas como herramienta explicativa. La mayor parte de los conflictos no giran en

México, Plaza y Janes, 2001. Cfr. Octavio Rodríguez Araujo, (coordinador) *El conflicto en la UNAM. (1999-2000)*, México, Ediciones El Caballito, 2000. Cfr. Rodríguez Aguilar Edgar, *Vuelta al laberinto de la modernidad: análisis de momentos clave del diálogo en el movimiento estudiantil de 1999*, México, IMJUVE, 2005. Cfr. Dorantes Gerardo, *Conflicto y poder en la UNAM: la huelga de 1999*, México, facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM-Miguel Ángel Porrúa, 2006. Cfr. Aranda Sánchez, José, *Un movimiento estudiantil contra el neoliberalismo: UNAM 1999-2000*, Toluca, UAEM, 2001

⁵ Carles Feixa, Carmen Costa, Joan Saura, “De jóvenes, movimientos y sociedades”, en Carles Feixa, Carmen Costa, Joan Saura (editores), *Movimientos juveniles: de la globalización a la antiglobalización*, Barcelona, Ariel, 2002, p. 13

torno a la identidad o la cultura, sino a la política o la economía.⁶ Es por ello que aunque no negamos la autonomía propia de la forma de actuar en lo que tiene que ver con sus representaciones simbólicas y/o de cultura política, tampoco apostamos en un aislamiento que niega toda exterioridad.

Contextualización.

Quisiera decir algunas líneas que contextualicen lo más claramente posible el problema al que nos referimos. En el año 1999, el entonces rector de la UNAM, Francisco Barnés de Castro propuso el aumento de cuotas general, según el grado: bachillerato, profesional o posgrado. Hasta ese momento de forma oficial el pago no rebasaba 20 centavos mexicanos, algo que se señaló como simbólico. Extra oficialmente en la UNAM y en todos los niveles de la educación pública había pagos diversos: uniformes, cuotas por servicios, acceso al equipo de cómputo, acceso a laboratorios, entre otras, sin los cuales las inscripciones o el término de los estudios no eran posibles.

El movimiento estudiantil aprovechó aquella coyuntura para tratar de cuestionar la reforma neoliberal que la universidad venía sufriendo desde hace más de 10 años. El pliego petitorio levantado por la organización estudiantil y el emplazamiento a huelga reflejaban esta situación, donde los cobros eran un punto más. Ante la negativa y la radicalización por parte de las autoridades que contaban con el apoyo del todavía presidente priista Ernesto Zedillo, se conformó una estructura estudiantil que paralizó, por 10 largos meses la Universidad más importante de México.

El CGH fue la respuesta organizada del movimiento a la intentona neoliberal. Se ha hecho énfasis en la estructura de organización: una asamblea general conformada por asambleas locales con un determinado número de votos, los representantes era revocables en cualquier momento si la instancia local lo decidía. Las decisiones de la asamblea general se tomaban por mayoría (50 % más 1). Y todos los integrantes del movimiento tenían que “acatar a la mayoría”.

Durante esos 10 meses existió una profusa campaña en medios televisivos e impresos por desprestigiar al movimiento. El rector que había propuesto el cambio al tema de las

⁶ José Seoane, Emilio Taddei, “Los jóvenes y la antiglobalización” en Carles Feixa, Carmen Costa, Joan Saura (editores), *ibid*, p. 160.

Su recuento de los conflictos estudiantiles incluyen, hasta 2002, la huelga en la UNAM, el apoyo a las huelgas docentes en el Brasil, las movilizaciones de los jóvenes guatemaltecos en contra de las alzas en el transporte, la lucha contra los recortes presupuestales de los estudiantes universitarios y secundarios en Chile, los conflictos en el Uruguay por problemas presupuestales, así como la participación de los jóvenes en las protestas contra el dictador Alberto Fujimori en el Perú, entre otros movimientos que destacan por no estar relacionados ni con la “identidad” ni con la “cultura”.

cuotas cayó. Lo sustituyó el Dr. Juan Ramón de la Fuente. Sin embargo no había visos de salida, las llamadas “mesas de diálogo” donde se buscaba un acuerdo para ponerle fin a la huelga se alargaron al infinito.

La salida que el Estado le dio al conflicto fue, como algunos quizá recuerden, de tipo policiaco-militar. La ocupación de las instalaciones universitarias por parte de una fuerza de reciente creación, la unificación de todos los sectores contrarios al movimiento en torno a la acción del Estado y finalmente el encarcelamiento de casi 1000 estudiantes. A partir de ese momento el destino y la vida de la Universidad fue otro, un aire “progresista” comenzó a cubrir a la burocracia universitaria. Un crecimiento y una mayor flexibilidad también. Los cobros siguieron de forma velada, pero no obligatoria. El nuevo rector se transformó en un adalid de la educación pública en México ante los nuevos gobiernos del reaccionario y conservador PAN.

Si pudiésemos dar una interpretación más o menos acorde con los últimos estudios sobre el conflicto universitario a través del siglo XX⁷⁷, asistimos de nuevo a la confrontación entre un proyecto elitista neoliberal, encabezado por las autoridades universitarias y otro de universidad masificada encabezado por el movimiento estudiantil. El primero refiere al tránsito que han tenido los grupos dominantes en la universidad –particularmente las disciplinas liberales- de la visión elitista (de una universidad pequeña, controlada) hacia la flexibilización neoliberal, basada en la eficiencia terminal (los estudiantes deben estar poco tiempo), las modalidades de estudio (la educación a distancia), las formas de titulación (obtención de título con métodos cada vez más sencillos) engarzado al “mercado de trabajo”⁸. En cambio los estudiantes retoman el proyecto de la universidad de masas que inaugurara de forma clara Pablo González Casanova en los primeros años de la década de los 70 (a la sazón, presidente de esta asociación) en su rectorado. Recordemos que es un periodo de crecimiento no sólo humano sino material de la universidad: creación de entidades multidisciplinarias a las afueras de la ciudad, creación de un sistema de bachillerato innovador y periférico, creación de la modalidad semi-escolarizada y semi-presencial del

⁷⁷ Ordorika Imanol, *La disputa por el campus: poder, política y autonomía en la UNAM.*, México, CESU-UNAM-PyV, 2006

⁸ Uno de los análisis más puntuales de la universidad y el neoliberalismo se encuentra en Aboites Hugo, *El Dilema: la universidad mexicana al comienzo del siglo*, México, UAM-X-UCLAT, 2001 y en Aboites Hugo, *Viento del Norte: TLC y privatización de la educación superior en México*, México, Plaza y Valdez, 1999 y también Olmedo Raúl, *La universidad en la era de la globalización neoliberal*, México Ed. Comuna, 2001

Sistema de Universidad Abierta: en conjunto una universidad masificada, con grandes matriculas, sin restricciones de tiempo en la permanencia y con una visión *totémica* del grado, desengarzada en lo inmediato del mercado de trabajo.

Esto es muy claro en los posgrados de la universidad: en la primera el doctorado es el inicio de la vida laboral, en la segunda se considera que es el fin, la maduración de un proceso de investigación y reflexión. Desde mi opinión, ambos proyectos están desfazados de la realidad social. El proyecto elitista-neoliberal se mueve bajo la lógica de un mercado de trabajo inexistente, mientras que el segundo apuesta a una universidad que objetivamente no tiene los recursos para sostenerse. Ambos son socialmente inviables el día de hoy: la universidad no puede ser una fábrica de títulos ni tampoco puede ser un moustro que dé cabida a todos los que digan querer estudiar. La falta de matrícula en otras instituciones o su bajo nivel académico, así como una creciente expulsión del mercado de trabajo, se ha vuelto un problema cada vez más grande y quien sabe cuánto tiempo más soportable.

¿Qué se nos olvida estudiar en los movimientos sociales?

Ahora bien, después de esta desordenada síntesis quisiera pasar a desglosar algunos puntos que el movimiento estudiantil mexicano deja como lecciones para el estudio de los movimientos sociales en general, comenzamos con dos de carácter general y dos que quizá sean sólo adecuadas para los movimientos estudiantiles.

- 1) *El problema de la Dirección.* Desde Lenin, quien construyó en minoría un proyecto y un partido de gran eficacia a Leon Trotsky⁹, quien declaró que la gran crisis de la humanidad era el problema de la dirección revolucionaria o quizá el siempre mejor visto Antonio Gramsci, quien insistió en el lado del consenso, de la dirección intelectual y moral como un paso previo a la fuerza, la cuestión de la dirección política ha tenido una relevancia fundamental, al menos en el marxismo. La dirección supone una relación vertical, eso es fundamental de ser aceptado. Sin embargo, gran parte de las recensiones sobre el estado actual de los movimientos sociales se mueve bajo una idea normativa, valorativa: la de la horizontalidad. Esto se debe a varios motivos. Primero el marcado énfasis que

⁹ “La crisis actual de la civilización humana es la crisis de la dirección proletaria”, decía Trotsky en el *Programa de Transición*, Editorial Cultura Obrera, México, 1973, 78.

tiene considerar a los movimientos sociales como adalides de la democracia, esto es, ubicarlos en lo mejor visto del liberalismo que opera en la sociedad, hasta hoy, ningún movimiento social se ha caracterizado a sí mismo como “anti democrático”. Otro aspecto que refuerza estas visiones es la teorización de *la “red” que libera*: no hay centros firmes o referentes que perduren, todos se mueven y se conectan libremente. Quizá el ejemplo más conocido y práctico de esta situación sea el discurso del EZLN, quien proclamó hasta la saciedad la idea de la horizontalidad, curioso es que una estructura que es por definición anti-horizontal (como es una milicia armada) sea la más furibunda alentadora de este proceso. Me parece que en una ingenuidad idealista, cuando analizamos los movimientos sociales hemos optado por asumir que lo que dichos movimientos dicen de sí mismo, es lo que en realidad son. Grave error. No hay acción sin dirección moral e intelectual, sin consenso, que por supuesto puede ser diluido, pero que existe. Que algunas estructuras sean tan opacas que no permitan observar los mecanismos de toma de decisiones es otra cosa. En la mayor parte de lo escrito sobre la reivindicación del movimiento estudiantil de 1999 se encontrará una frase tan célebre como falsa: “aquí no hay líderes” decían los estudiantes. Es una forma ingenua de pensar que en realidad no hay dirección. Un análisis y un mapeo de las corrientes demostrará quien dirigía, sus nombres y apellidos, su trayectoria política, sus fines y su posterior desenvolvimiento. La idea del “no hay dirigentes” apuntaba a la ingenuidad de que la revocabilidad del mandato o la asamblea como mecanismo de decisión permitían la democracia perfecta. Sin embargo lo que apunta la revisión al interior del movimiento –y no sólo una visión discursiva- es a prácticas profundamente antidemocráticas. Podría señalar aquí: asambleas declaradas ilegales, vetos a personas políticamente no-afines, toma de decisiones en la madrugada o ante pocas personas, robo de minutas, amenazas a miembros de tal o cual grupo, desconocimiento de acuerdos¹⁰. Simbólicamente esto ha quedado claro cuando en una asamblea plenaria del CGH se colocó un alambre de púas que protegía la mesa que llevaba la asamblea. A lo que quiero llegar es a que los movimientos, aún los procedimentalmente más democráticos, como el CGH, puede tener un fuerte componente antidemocrático.

¹⁰ Una de las pocas ocasiones en donde la fuerza pública arremetió contra los estudiantes fue cuando de manera no consensada se bloqueó una avenida principal frente a las instalaciones de una televisora. Esto provocó la “justificación” para propinar una golphiza a algunos estudiantes.

2) Entender la cuestión de la dirección tiene sentido cuando asistimos al estudio de otro de los componentes nodales: *las tendencias o corrientes*. En esas paradojas mexicanas, si se revisan los testimonios de muchos participantes o escritos sobre la huelga se encontrará una máxima “las corrientes eran minoría, los sin corrientes éramos la mayoría”. Ciertamente las corrientes, cuantitativamente, eran minoría. Sin embargo el discurso “anti-corriente” o “anti-tendencia” se asentaba sobre la idea de que los grupos previamente organizados pervertían el funcionamiento democrático de la asamblea. Otra paradoja, quien más alentó este discurso fue la corriente dominante, un grupo guevarista-stalinista conocido como *En Lucha*¹¹. Este grupo se hizo de las áreas estratégicas del funcionamiento diario del movimiento: ocupó las imprentas del movimiento, se auto-comisionó como la organizadora de la llamada “Prensa y propaganda”: ellos redactaban comunicados, volantes, carteles. Eran sus propuestas, eran sus consignas, eran sus ideas las que dominaban. El discurso horizontalista del CGH jamás reparó en que esa comisión de “prensa y propaganda” nunca se modificó. Más aún, el grupo dirigente alentó contra las corrientes, a llegar incluso a gritarse en medio de las asambleas “fuera corrientes”. El Consejo General de Huelga, como cualquier movimiento social, político y estudiantil albergó en su interior corrientes organizadas que buscaron obtener la dirección del movimiento, eso que debería ser visto como normal no lo fue. Al interior del movimiento, algún estudiante decía “se demostró en la práctica que no había dirigentes ni manos negras detrás del conflicto, el movimiento de huelga lo hicieron los universitarios, la huelga la sostuvieron los estudiantes, trabajadores, padres de familia...”¹², claramente contrapuestos con nuestra primera afirmación. No era el único que tocaba el tema: “La horizontalidad es lo que

¹¹¹¹ Lo que hoy es la corriente *En lucha* nace en el lejano 1968, en la Facultad de Ciencias, se expande sigilosamente durante los 70 y 80, su táctica consiste en preparar cuadros que puedan dirigir los movimientos espontáneos y darles una política coherente. Tienen sin embargo una característica diferente, del resto de los grupos universitarios: *En Lucha* no aparece en la historia de la izquierda, esto es, evadieron cualquier discusión programático o coyuntural con los grandes partidos de izquierda o con los pequeños grupos universitarios, básicamente su política fue la de mantenerse al margen de los partidos de izquierda, de antaño. Su centro se encuentra, como decíamos, en la Facultad de Ciencias, pero también en la Facultad de Economía y el CCH Oriente son sus principales escuelas de influencia o incluso de franco dominio. Su laxedad ideológica –jamás se ha sabido en donde ubicarlos ideológicamente- los vuelve atractivos: leen poco, veneran la revolución cubana, organizan conciertos de música “de moda”, tiene un discurso anti autoritario, boicotean elecciones, organizan acopios para Chiapas y homenajean al Che Guevara. En realidad es parte de su política general, al estar alejados de los grandes conflictos de la izquierda, nadie se percató del cambio ideológico, de ser “En Lucha por el Socialismo”, hoy se sabe que son “En Lucha” a secas.

¹² Penélope Nava, “Recorrido por el movimiento estudiantil”, Revista *Versus*, México, Unios, 2000.

nosotros estamos defendiendo como proyecto, no solamente como proyecto de universidad, sino como un proyecto de país, porque hemos visto que hay cambios en la Universidad. Precisamente la horizontalidad es la esencia del movimiento estudiantil.”¹³ Tenemos que reconocer que los movimientos son una especie de *magnitudes sociales*¹⁴ movilizadas, por tanto confluencia de disputas al interno. Condensación de relaciones de fuerza entre grupos e individuos. En el caso del CGH los propios estudiantes querían asumir que esto no existía, que la situación había sido superada por la democracia, por la horizontalidad y la revocabilidad. Había un fetichismo de la asamblea y un fetichismo de la horizontalidad que derivaba en posiciones políticas muy claras y que refieren al tercer punto.¹⁵

- 3) *La engorrosa relación Movimiento y Estado*. El término “autonomía” ha venido tomando un lugar cada vez más importante en el discurso de la izquierda movimientista. Nuevamente es algo que es bien visto, pues sería la contracara directa del viejo y anquilosado corporativismo de las grandes ideologías nacionalistas (ya sea peronismo o nacionalismo revolucionario o como se le llame en cada situación concreta). Sin embargo se ha exagerado el carácter “autónomo” de algunos movimientos. El CGH o el EZLN discursivamente siempre se han presentado así, sin embargo quedan fuertes dudas de si tal grado de autonomía es posible. Esto lo digo porque en la era del *Estado Ampliado* (definido como la relación conflictiva entre sociedad política y sociedad civil por Gramsci) todo elemento tiene su referente en el Estado, tanto lo institucional-coercitivo, como aquello público-privado organizador del consenso y la ideología. Muchas instituciones median entre los movimientos y el Estado, en el caso del mov. Estudiantil esto es muy claro: se formuló un pliego petitorio que se esperaba fuese llevado a cabo por alguien, por alguna figura institucional que pudiese darle respuesta, salida, viabilidad. Sin embargo ocurrió algo curioso: se levantaba ante el Estado una serie de demandas pero a la vez el propio movimiento negaba negociar dichas demandas. Se negaba a que fueran mediadas. Aquí el punto clave es ese: la negociación. Para la corriente

¹³ Ibid, p. 24

¹⁴ Retomo el término de Marx en Trabajo asalariado y capital

¹⁵ Algunos testimonios decían así “La rotatividad, la revocabilidad y la toma de decisiones colectivas, más que pretender esconder líderes, pretende desaparecerlos”¹⁵ Otros lo colocan así “Las reglas asumidas con que el CGH arranca son clarísimas: no se vale que alguien destaque por que eso significa encaramarse encima de los demás...”

dominante del CGH que había construido su discurso a través de la idea de que “había que evitar que la huelga se vendiera”. Traidor, vende huelgas o esquirol comenzaron a ser palabras cada vez más usadas en las discusiones y lo más sorprendente, se convirtieron en equivalentes de negociación. Toda negociación es una traición fue la consigna programática del movimiento. Esto se debe a que no se comprende el carácter reivindicativo del movimiento –la gratuidad, la educación como derecho- y se buscaba que la organización asumiera el instrumento de lucha –la huelga- como un fin en sí mismo, en ese sentido el movimiento se terminaba cuando terminara la huelga. Esa imposibilidad autoimpuesta limita el accionar del movimiento, su propia praxis, su organización a futuro.

Tenemos que establecer la relación Estado-movimientos no desde el ángulo de lo normativo, no desde una escisión entre “movimientos consecuentes” (los que no negocian con el Estado) y “movimientos malos” viejos o corporativos (los que negocian con el Estado), que es otro legado de la peculiar visión del mundo del zapatismo. En el fondo el carácter reivindicativo o no es lo que imprime, así como la coyuntura – utilizando el concepto acuñado por Poulantzas- la posibilidad de la condensación material de fuerzas que permitiera una mejor negociación, una mejor forma de encararse ante el Estado. Esta cuestión de el binomio negociación/traición se ha repetido en numerosas ocasiones, al menos en México, por ejemplo en las huelgas del sindicalismo universitario de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) en 2002 y en 2008¹⁶: exactamente el mismo esquema en lo que refiere a este punto, toda negociación es acusada de traición, la huelga no como instrumento de lucha sino como fin en sí mismo y la insistencia de que toda votación perdida por las corrientes (aparentemente) dominantes es una argucia antidemocrática, en fin, un deterioro de las formas y una disociación clara entre objetivos y métodos de lucha.

Recapitulando y concluyendo: el movimiento deja lecciones, no sólo políticas, sino también para la investigación. La escisión que existe entre discurso y práctica quizá sea una, pero esta escisión nosotros la reconstruimos en la investigación de las dinámicas. Quizá sea necesario hacer un esfuerzo similar al que hicieron Robert Michels o Angelo Panebianco para con los partidos políticos: fijarnos menos en la exterioridad y más en la

¹⁶ Nava Telésforo, “La larga huelga en la UAM: entre la política neoliberal y los intereses de las facciones sindicales” en *Topodrilo*, No. 5, México, UAM-I, consúltese en línea <http://www.izt.uam.mx/topodrilo/>

vida interna, en los procesos de constituciones de su forma política. Para realizar esto es insoslayable que tengamos presentes algunas variables, que en un ánimo de ver lo “novedoso” de los movimientos pasemos por alto: la consolidación de direcciones, con una visión del pasado, del presente y del futuro, con mecanismos visibles y no visibles de asegurar su pre-dominio, la constitución de corrientes y su pugna. Queda pues, esta reflexión de Imanol Ordorika para cerrar esta breve comunicación

El movimiento estudiantil de 1999-2000 tuvo logros importantes y momentos triunfales. Evitó el aumento de las cuotas por un largo periodo, al menos hasta que los sectores conservadores de la UNAM sientan que las fuerzas y las circunstancias políticas les sean favorables; puso en duda la relación de la UNAM con el Ceneval; volvió a poner a los estudiantes en el centro de la política universitaria. En un sentido diferente, representó una amarga derrota. Probablemente enajenó de la participación a miles de universitarios; peor aún, el resultado del movimiento fue la construcción de una correlación de fuerzas favorable a los sectores conservadores y a los grupos dominantes tradicionales de la universidad¹⁷

¹⁷ Imanol Ordorika, *La disputa por el campus*, México, UNAM, p. 359.